

á un Príncipe, y corresponda al valor que vive en tí! Ya no siento tanto el ver que sea estorbo una villana para que Octavia, mi hermana, de César sea mujer, mezclándose de esta suerte la sangre ursina y colona, como el ver que á tu persona hable un pastor de esta suerte. ¡Vive Dios! que he de quitar los estorbos de una vez, y que su loca vejez las canas ha de bañar en la sangre de su hija.

PRÍNCIPE. Indigno es de tal persona que Marco Antonio Colona venganza tan vil elija, que los más viles criados de mi casa abrasarán á Montalto y quitarán los estorbos y cuidados que nos da esa vil mujer, con su muerte.

M. ANT. Con mis manos he de hacer que estos villanos no se atrevan á poner el pensamiento tan alto que con mi hermana compita. Hoy verá Italia que imita á Troya, Castel Montalto. (Vase.)

PRÍNCIPE. ¡Que sea yo tan desgraciado que venga á ser mi heredero de tres hijos el postrero, tan bajamente inclinado que darme nietos pretenda de sangre grosera y tiscal. Antes que Italia conozca tal afrenta, ni él me ofenda, un garrote le haré dar en el castillo, en que preso le tiene su amor travieso; porque no me han de heredar villanos, aunque se quede mi casa sin sucesión.

ALEJAND. Contra esa resolución nieto tienes que te herede.

PRÍNCIPE. Que le amo, te prometo.

ALEJAND. Es tu sangre.

PRÍNCIPE. Si lo fuera, si mezclada no estuviera con la tosca de Pereto. (Vanse.)

ESCENA V

Salen ASCANIO COLONA y SIXTO, de fraile.

ASCANIO. Dícenme que habéis venido, padre, á Roma á pretender un capelo, y que habéis sido ocasión de suspender el Papa, el que le he pedido. También Octavia, mi hermana, se queja que una villana esposa se osa llamar de César, y estorbar lo que en esto Italia gana.

Y si fuera otra persona que con Ascanio Colona compitiere, y no un pastor sin prendas y sin valor como vos, de quien pregona la fama tanta ambición, la competencia llevara mejor; mas vos ges razón que aspiréis á la tiara, desde el grosero azadón, y que el intento villano de vuestra hermana la mano pida á César, y me ofenda, tan soberbia que pretenda ser Princesa de Fabriano?

¿Vos, cuyo padre en Montalto, con vida tosca y grosera, de todo vive tan alto, y ella, que una lavandera es de Fermo? ¿vos tan alto, que el grado de cardenal pretendáis desde el sayal, y ella llamarse Princesa? ¡Señor...!

SIXTO. ¿Ambición es esa de un rústico natural? ASCANIO. ¿Vos conmigo competencia, sabiendo que os hizo el cielo un villano?

SIXTO. Mi paciencia os obligue.

ASCANIO. ¿Vos capelo?

SIXTO. Yo no tengo suficiencia, méritos, sangre y valor para que en Roma pretenda esa dignidad, señor, ni tampoco es bien me ofenda vuestro enojo. De un pastor nací, pero no es ultraje; que el más soberbio linaje, que á mayor nobleza aspira, si el principio suyo mira hará que el orgullo abaje. El río de más corriente, que hace ilustre su ribera, amansará su creciente si el principio considera que le da una humilde fuente. La fuente, considerad de vuestro linaje honroso, y estimaréis mi humildad; pues sois río caudaloso, porque os veis en la mitad de vuestro curso opulento; que si yo conforme intento no os igualo y menos soy con ser río, es porque estoy cerca de mi nacimiento. Yo no vengo á pretender, Ascanio, el ser Cardenal, aunque lo pudiera ser; soy Vicario General de mi orden, y por ver la envidia, enojo y pasión que tiene mi religión y los poderosos de ella, por verme cabeza en ella,

su injusta persecución me fuerza á que el Papa pida que del oficio me absuelva, y con otro estado y vida, ó á mis principios me vuelva, ó del orden me despida. Estos favores prevengo y á esto sólo á Roma vengo: ved qué modo de intentar cargo, si vengo á dejar, Ascanio, el cargo que tengo. Si César tuvo amor á mi hermana, y ella ha sido tan dichosa, que al valor de su nobleza ha subido, con ser hija de un pastor, ¿por qué culpáis su ventura, pues que la naturaleza con mil ejemplos procura igualar á la nobleza muchas veces la hermosura? Veis como no estoy culpado y con la poca razón, Ascanio, que estáis airado.

ASCANIO. Estoy en esta ocasión en el palacio sagrado, villano, que si no...

SIXTO. Paso, mirad que su Santidad sale.

ASCANIO. De enojo me abraso.

SIXTO. (Ap.) ¡Ay, pobreza y humildad, lo que por vosotras paso!

ESCENA VI

Dichos, y sale Pío Quinto y un Fraile Francisco, y siéntase EL PAPA.

EL FRAILE.

De parte de la orden, Padre Santo, á vuestra beatitud pido y suplico á fray Félix absuelva del oficio, si no quiere que todos nos perdamos.

EL PAPA.

¿Pues qué tiene fray Félix?

EL FRAILE.

Es de modo la gran severidad con que castiga las más mínimas faltas de nuestra orden, que es imposible se conserve y medre mientras el lego reine. La clemencia tiene en pie las repúblicas y reinos; y el castigo y rigor demasiado destruye las provincias y ciudades. Fuera de que los frailes principales que la orden claustral de San Francisco honran con sangre ilustre y generosa, sienten, y con razón, que los gobierne un pastor de las grutas de Montalto.

EL PAPA.

¿Luego en la religión y su pobreza también miran en sangre y en nobleza?

SIXTO.

Santísimo Pastor, si un desdichado merece, porque el cielo y la fortuna le hizo hijo de unas peñas toscas, que todos le persigan, yo me precio de hijo de Pereto, un pastor pobre que en Montalto dejó el arado rústico por herencia á sus hijos; y esto sólo quiero ser, y no más, pues soy indigno del hábito que traigo y del oficio que vuestra Santidad con él me ha dado. A vuestra beatitud pido y suplico me absuelva de él y volveré contento á mi sencillo y pobre nacimiento.

EL PAPA.

Más luce, hijo, la virtud de un hombre cuanto de más humilde y pobre sangre se ensalza más. Yo y todo en mis principios nací de un pobre labrador, y aun anduve de puerta en puerta mendigando el tiempo que estuve en mis estudios ocupado. Parientes tengo yo cual vos, fray Félix, pobres y en traje de sayal grosero; que si se precia de su sangre el necio, más noble es la virtud de que me precio. Si el orden vuestro juzga por agravio que le rijáis, por eso yo os absuelvo del oficio que en ella habéis tenido. Y pues que Fermo os vió vendiendo leña y registéis ovejas en Montalto, en castigo, fray Félix, de sus quejas, pastor de Fermo os hago y sus ovejas. Obispo sois de Fermo.

SIXTO.

Padre Santo, ¿cuando me abaten me ensalzáis vos tanto?

EL PAPA.

Así doy gusto á todo el orden vuestro, y os premio á vos. A Ascanio quiero dalle el capelo que tanto ha que pretende: el de Santa Sabina le prometo.

ASCANIO.

Tus santísimos pies beso y respeto.

EL PAPA.

Luego quiero, fray Félix, consagraros públicamente, porque toda Roma mire el premio que tienen en la iglesia la virtud y las letras. Un capelo os doy también.

SIXTO.

Tu nombre ensalce el cielo. (Ap.) Animo, inclinación dichosa y alta; subí, que un escalón no más os falta.

EL PAPA.

Cardenal os crearé en el mismo día que os consagre.

SIXTO.

Creció la dicha mía; y pues con tal largueza me ha ilustrado el cielo y vuestra Santidad, quisiera

enviar por mi padre y mis hermanas, y el mismo día que me vea Roma hecho de vil pastor, pastor de ovejas de la Iglesia católica, ese día quiero que entre mi padre venerable triunfando en Roma, no como sus Césares, sino vestido de sayal grosero en que nació, porque la envidia sepa que cuando, á su pesar, estoy más alto, de la humildad me precio de Montalto.

EL PAPA.

Yo haré que con vos salga toda Roma.

ASCANIO.

Yo también acompañaros quiero.

SIXTO.

¿Veis, Ascanio, del modo que los cielos saben hacer de humildes labradores dignidades, prelados y pastores? Porque nací en Montalto me abatisteis; pues desde aquí, mudando el propio nombre de Félix, para dar gloria á mi patria y á sus groseras peñas, determino llamarme el cardenal Montalto.

EL PAPA.

seréis desde hoy el cardenal Montalto.

ASCANIO.

Perdonad mi pasado atrevimiento; que en muestras de que estoy arrepentido daré de este suceso aviso al Príncipe, que se tendrá mil veces por dichoso de que César case con Sabina, pues se honrará el estado de Fabriano, siendo de Roma Cardenal su hermano.

EL FRAILE.

Y yo también de las persecuciones que por mi causa os hizo el orden nuestro, monseñor ilustrísimo, suplico me perdonéis.

SIXTO.

Alzad, padre, del suelo, que si fray Félix tuvo de vos queja, ya yo soy Cardenal, y no fray Félix, y no es razón cuando me veis tan alto que á Félix vengue el cardenal Montalto.

ASCANIO.

¡Qué prudente respuesta!

EL PAPA.

Venid, hijo, que en vos miro presagios venturosos.

DECIO.

¿Qué le parece, padre?

FRAILE 1.º

Encantamento.

ASCANIO.

De perseguille vos nació su dicha.

FRAILE 2.º

Mil veces perseguido venturoso,

que tan seguro del peligro escapa.

DECIO.

Persígale otra vez, y harále Papa. (Vanse.)

ESCENA VII

Salen los músicos de pastores, y SABINA de pastor con caña, hurón y cuerdas.

SABINA. Mintió la sospecha loca; mi amor salió victorioso; aquí está mi preso esposo, á quien en vano provoca su padre, por más que agravia su firme constancia y fe, para que en mi ausencia dé la mano de esposo á Octavia. No pudo su engaño hacer mella en mi constante amor, aunque celos y temor son fáciles de creer, y á pesar de sus consejos he venido de esta traza á librar mi esposo.

PAST. 1.º ¿A caza anda tu amor de vencejos? Misterio tien la invención.

PAST. 2.º Lugares hay infinitos donde cazan motolitos las mujeres con hurón; quiero decir con los viejos ó escuderos atrevidos, registradores de nidos, donde viven los vencejos; pues son hurones, en suma, que cazan para sus dueños á los vencejos pequeños hasta dejellos sin pluma.

SABINA. Pastores, dejemos eso y comenzad á cantar para que os salga á escuchar desde la reja mi preso.

PAST. 1.º ¡Oh, qué canción de repente hice al propósito ayer!

SABINA. Luego ¿sabes componer?

PAST. 2.º Sátiras al maldiciente.

MÚSICA. «Que llamaba la tórtola, madre, al cautivo pájaro suyo, con el pico, las alas, las plumas, y con arrullos, y con arrullos».

UNO. «Pajarico preso, que entre yerros duros, temores y ausencias te tienen confuso, mal podrá el rigor de tu padre injusto desatar las almas si es de amor el nudo; sal, pájaro amado, á gozar seguro, á pesar de estorbos, mi amoroso fruto.

TODOS. Así llama la tórtola madre al cautivo pájaro suyo, con el pico, las alas, las plumas, y con arrullos, y con arrullos.» (Asómase César á una reja como preso.)

CÉSARO.

Pintadas aves que al pulir la aurora con peines de oro sus compuestas hebras, al son de arroyos, arpas de estas quiebras, lisonjeáis cada mañana á Flora.

Aura suave que con voz sonora, murmurando las aves te requiebras, y las obsequias fúnebres celebras de Pocris muerta, que tras celos llora.

Los pastores imitan la armonía con que resucitando la memoria de mi Sabina vivo entretenido.

Cantad, amigos, la firmeza mía; que es la música imagen de la gloria, y mientras dura mi tormento olvido.

SABINA. Ya está mi esposo á las rejas.

Cantad, pastores, cantalde otra canción, y llenalde de música las orejas.

MÚSICA. «Preso estaba el pájaro solo en las redes del cazador, pero más le prenden y matan memorias de su lindo amor.»

UNO. «Si de tu firmeza las cadenas son, testigos seguros son que amor presentó, canten tu alabanza nuestra alegre voz; bien haya quien hizo cadenas de amor, y tú, pájaro mío, canta en tu prisión, pues que preso y triste canta el ruiseñor.»

TODOS. «Preso está el pájaro solo en las redes del cazador,» etc.

SABINA. ¡Ah de las rejas el preso! ¿sabéis acaso quién soy yo, que pretendo cantar, aliviar vuestro dolor?

¿Mas qué no me conocéis? Polido y bello pastor, lo que los ojos afirman negando está el corazón: regocijos hace el alma de los ecos de esa voz, que en el disfraz de Esaú conocer quiero á Jacob.

¿Quién sois, hermoso zagal? ¡Qué presto que ejecutó sus efectos el olvido, descuidado preso, en vos! Cantad para que despierte, que si ausencia le adormió, dándole voces mis quejas le hará despertar mi amor.

(Cantan.) «Preso estaba el pájaro solo en las redes del cazador,» etc.

CÉSARO. ¡Ay, esposa de mis ojos! La tiniebla y confusión de mis pesares y penas me impidió la luz del sol. De no haberos conocido, corrido, mi bien, estoy, yo castigaré mis ojos, Sabina hermosa, este error,

¿cómo habéis, mi bien, estado?

SABINA. Como el verano sin flor, como el otoño sin fruto, y estado como sin vos, que es decillo de una vez. Vueso padre pretendió, con engaños y mentiras sembrar celos en mi amor, pero segura del vueso, en forma de cazador, vengo á daros libertad. Tomad las cuerdas que os doy, y, á pesar de estorbos viles, asegurad el temor de mis sospechas y ausencia. (Dale con la caña los cordeles.)

CÉSARO. Celebren tu firme amor cuantas mujeres la fama con pinceles retrató de la eternidad en lienzos del tiempo consumidor.

¡Ay, esposa de mi vida!

SABINA. ¡Ay, mi bien!

PAST. 2.º ¡Bueno, por Dios,

que se están chicoleando como jilgueros los dos!

PRÍNCIPE. (Dentro.) Preso y con guardas doblaha de quedar mientras voy [das á Roma.

CÉSARO. Mi padre es éste.

SABINA. Pues entraos.

CÉSARO. Adiós. (Vase.)

SABINA. Adiós.

PAST. 2.º No hay son, fingir que cazamos

vencejos.

SABINA. Daca el hurón; pon las cuerdas y la caña.

PAST. 2.º No está mala la invención. (Pónese á cazar.)

ESCENA VIII

DICHOS, el PRÍNCIPE y ALEJANDRO.

PRÍNCIPE. De vos, Alejandro, fio su guarda en aquesta ausencia.

ALEJAND. Ya sabe vuestra excelencia mi lealtad.

PRÍNCIPE. El papa Pío á Roma me envía á llamar, y este camino excusara si en mi lugar no os dejara. Las guardas podéis doblar, sin dejar llegar persona que con él hable, que así le forzaré que dé el sí de esposo á Octavia Colona, ó morir en la prisión; que la villana atrevida ya debe de estar sin vida, si puso en ejecución Marco Antonio su noble ira.

ALEJAND. En esta ocasión es cuerda.

PAST. 1.º Dale cuerda.

PAST. 2.º Dale cuerda.

SABINA. Ya chilla el vencejo.

PAST. 1.º Tira.

PRÍNCIPE. Alejandro ¿qué serranos son estos?

ALEJAND. Pastores son que cazan con un hurón pájaros.

PRÍNCIPE. Si son villanos, y sabes lo que me ofenden, ¿por qué aquí los consentís? Echalos luego.

ALEJAND. (A los Pastores.) ¡Hola! ¿Oís?

SABINA. Verá lo que se defienden.

PRÍNCIPE. ¡Ah, villanos! ¿estáis sordos?

SABINA. ¡Arre allá! ¿Qué diablos dais voces, que mos espantáis los vencejos y los tordos?

ALEJAND. Rústicos ¿no veis que está el Príncipe Fabriano aquí?

SABINA. ¡Válgame el alano de San Roquel!

PAST. 2.º Verá.

SABINA. Pues bien ¿hemos de comer el Príncipe, cuando aquí mos halle?

PRÍNCIPE. ¿Qué hacéis ansi?

SABINA. Oiga, y podrálo saber. Tienen aquí los vencejos nidos en los muros fijos, sin osar sacar los hijos, porque los guardan los viejos. Yo, deseando cazar uno que en esta ocasión guardando está el vencejón del padre, que pernear le vea yo ¡pregue al Señor! porque ansi su enojo pierda, vine con hurón y cuerda, y cuando más á sabor se asomaba á la muralla salió su padre al encuentro, metióse el vencejo dentro y dejónos de la galla. (Llora.)

ALEJAND. ¡Buen llanto!

PRÍNCIPE. ¿Que el padre viejo el vencejo os ha quitado?

SABINA. Sí, señor; desvencejado le vea yo. De esto me quejo.

PRÍNCIPE. Gracias tiene. Aunque á esta gente aborrezco, este pastor me ha dado gusto.

ALEJAND. Es, señor, donoso como inocente.

SABINA. Vení acá. Yos quiero her una pescuda, buen viejo. Si quiere bien un vencejo, y recibe por mujer á una venceja que ha sido quien le enamora y quillotra, ¿es bien casalle con otra, porque nació en mejor nido; porque en alcázares vive, y estotra entre peñas pobres, de los castaños y robres grosero manjar recibe; porque tién plumas mejores y porque son más valientes los vencejos sus parientes

y cuentan que sus mayores trujeron de rey más lejos su principio no es buen pago? Julgaldo vos, que yo os hago alcalde de los vencejos.

PRÍNCIPE. Gusto me da el pastorcillo.

SABINA. Ea, la vara arrimad, ó este pleito sentenciad, que me importa concluílo.

PRÍNCIPE. Digo, donoso pastor, que como el vencejo quiera á la venceja primera es bien pagalle su amor, por más que el padre lo impida; y sentencio que la amada le goce y que desterrada la venceja aborrecida, aunque alegue más consejos, luego al momento se vaya, porque yo no sé que haya nobleza entre los vencejos.

SABINA. Esta vez os he cogido; contra vos es el proceso. ¿Por qué ha de estar por vos preso, viejo honrado y afligido, vuestro vencejo, deci, si él á una venceja adora, que en la sierra le enamora, y no puede dar el sí á la venceja que tiene su nido allá entre los godos? Pues que son vencejos todos, y estos dos se quieren bien, casaldos, que las altivas noblezas son espantajos, y todos, altos y bajos, nacimos de Adán y Adivas.

PRÍNCIPE. Idos con la maldición.

SABINA. Vos el preito sentenciastes; si vos mismo os condenastes un asno sois con perdón.

PRÍNCIPE. Echa, Alejandro, de aquí estos bárbaros, ó haré una bajeza.

SABINA. ¡A la hé, vos sois buen juez, pues ansi heis justicia!

ALEJAND. Este lugar desocupad.

PAST. 1.º Con paciencia.

SABINA. Acójome á la sentencia: ella os ha de condenar.

PRÍNCIPE. Echalde de aquí, ó matalde.

SABINA. ¿Por la primera venceja sentencias, y tenéis queja? Muy bobo sois para alcalde. Dios vuelva por la verdad. Pues lo mandáis, casaránse.

ALEJAND. Idos, villanos.

SABINA. Iránse, que no son bestias. Cantad. (Vanse cantando.)

PRÍNCIPE. Mucha prudencia he tenido, pues muerte no les he dado.

ALEJAND. Aunque el villanejo ha estado malicioso, hubiera sido indigno de vueselencia

manchar en él el acero.

PRÍNCIPE. Partirme esta noche quiero á Roma. Vuestra presencia no falte nunca de aquí, ni deje llegar villano una legua de Fabriano, porque sospecho que ansi le vienen á dar aviso de Montalto.

ALEJAND. Podrá ser.

PRÍNCIPE. Mal hice no los prender; que affigirme el cielo quiso con darme un hijo travieso.

ALEJAND. La mocedad nunca es sabia.

PRÍNCIPE. Ha de ser su esposa Octavia, ó tiene de morir preso. (Vanse.)

ESCENA IX

Sale CAMILA con un lío de ropa blanca y un mazo, y MARCO ANTONIO.

M. ANT. Por Dios, lavandera hermosa, que desde el punto que os ví cojer vuestra ropa ansi está el alma recelosa y de vuestro amor perdida; porque obligáis de manera que os abate, la bandera; lavandera de mi vida, escuchadme una razón.

CAMILA. Andad con Dios, caballero.

M. ANT. Lavadme el alma primero.

CAMILA. ¿Que os la lave escamizón?

M. ANT. Sí, vestiosla por camisa, y veréis que no hay holanda que esté más tratable y blanda.

CAMILA. ¿Alma de holanda? ¡oh, qué risal!

M. ANT. Dado os tengo el corazón.

CAMILA. ¿A jabonar?

M. ANT. Sí, eso os ruego.

CAMILA. ¿Qué tiene?

M. ANT. Como amor es fuego, le ha puesto como el carbón.

CAMILA. ¿Como el carbón? pues á un lado, que estoy limpia, y si me topa ensuciaráme la ropa vuestro corazón tiznado.

M. ANT. ¡Qué gracia!

CAMILA. No llegue al brazo, y sepa que en mi lugar nadie sabe jabonar, si no es con jabón de mazo. Por eso no haga cosquillas si no quiere en conclusión llevar, señor, un jabón que le quiebre las costillas.

M. ANT. Para aliviar los enojos del alma, dalla podéis dos ojos, que es bien los deis, pues tenéis tan bellos ojos, y la podréis jabonar: vuestra es, tomalda.

CAMILA. La astucia; no quiero yo alma tan sucia, que se ha menester lavar.

M. ANT. Yo estoy ya tan rematado, mi graciosa lavandera, que ser el jabón quisiera según los celos me ha dado de que ande cada instante en vuestras manos, que en suma son más blandas que su espuma.

CAMILA. Sí haréis, que acá todo amante es jabón que á los despojos de tiranas hermosuras derrama en jabonaduras el corazón por los ojos; aunque vos sois palaciego, y no habrá tomaros tino, que todos pregonáis vino y vendéis vinagre luego. ¡En la bobá que creyere en vuestras bachillerías; sabéis muchas romerías y olvidáis á quien os quiere!

M. ANT. Cuando es perfecto el amor y bien nacido el amante, ni burla ni es inconstante.

CAMILA. El noble engaña mejor. Yo conozco una serrana á quien burló un escolar con hablar y más hablar.

M. ANT. ¿Quién es?

CAMILA. Sabina, mi hermana.

M. ANT. ¿Sois vos hija de Pereto.

CAMILA. (Reverencia.) Para lo que le cumpliere.

M. ANT. Errará quien no tuviere á César por discreto en despreciar por Sabina á mi hermana, que, por Dios, si es tan bella como vos, que es cuerdo quien desatina por tan dichoso sayal.

CAMILA. Soy yo un coco comparada con mi hermana.

M. ANT. ¡Qué extremada bellezal! ¡qué al natural! Yo vine determinado de castigar á Pereto y á Sabina, que en efeto me tuve por agraviado de que César dejase mi hermana Octavia por ella; pero el amor, que atropella soberbias, quiso que hallase en vos el justo castigo, pues á vuestro amor sujeto, á las hijas de Pereto y a estas sierras bendigo. Bien hayan, amén, los robles, los peñascos y asperezas que crian tales bellezas, pues por fuerza han de ser nobles almas que viven y habitan en cuerpos que son tan bellos, y bien hayan los que en ellos su libertad depositan. ¡Ay, serrana; muerto estoy!

CAMILA. Pues ¿vos por acá pensáis que hilamos? bien quillotráis. Algún diablo os trajo hoy por aquí.

M. ANT. ¿Quiéresme bien?
 CAMILA. ¡Qué sé yo!
 M. ANT. Pues ¿quién lo sabe?
 CAMILA. El cura. Apártese, acabe.
 (Ap.) ¡Qué buena cara que tién!
 M. ANT. Dame esa mano.
 CAMILA. (Ap.) Recelo
 que en el alma se me entró.
 M. ANT. Dame aqueos brazos.
 CAMILA. ¿Yo?
 M. ANT. Pues ¿qué?
 CAMILA. ¿Tan presto, es buñuelo?

ESCENA X

DICHOS. Salen CÉSARO de galán, y los pastores músicos.

CÉSARO. Apenas de allí os partisteis cuando mi padre se fué, y luego escalas tracé de las cuerdas que me disteis, que atadas á las almenas á las guardas engañaron y, á pesar suyo, quedaron colgadas de ellas mis penas. Seguíos, y como amor vuela ligero, alcancéos.
 SABINA. ¡Ay, esposos! mis deseos cumplió el cielo. Ya el rigor que en mí vuestro padre emplea, mi miedo y temor divierte, que no temeré la muerte como á vuestros ojos sea.
 CÉSARO. Contra su enojo cruel pienso llevarle á Milán; que allí mis deseos podrán tener fin viviendo en él, hasta que el paterno amor venciendo te reciba por hija y mi esposa.
 PAST. I.º ¡Viva tal firmeza y tal amor!
 SABINA. ¡Camila!
 CAMILA. ¡Sabina mía!
 M. ANT. ¡Césaros aquí!
 CÉSARO. ¡Marco Antonio en tal lugar!
 M. ANT. Testimonio de amor y su monarquía. Abrasar vine á Montalto y á dar muerte á la serrana que os enamora, y su hermana dió en mi libertad asalto, pues cuando su hacienda y casa quise abrasar, con sus ojos el alma, cuyos despojos la adoran, rinde y abraza. Será, Césaros, mi esposa; que vuestra justa elección me llama á su inclinación.
 CAMILA. Yo me tendré por dichosa.
 SABINA. Y yo con tan buen cuñado mil gracias al cielo doy.
 CÉSARO. ¡Qué de dichas juntas hoy amor y el cielo me han dado!
 CAMILA. Es miércoles, y bastaba

serlo para mi ventura.
 SABINA. ¡A buen tiempo y coyuntura te casas!
 CAMILA. Pues ¿qué pensaba? ¿Todo ha de ser para ella? ¿No somos acá personas?
 M. ANT. Los Ursinos y Colonas por vos, mi Camila bella, y por vos, Sabina hermosa, establecerán desde hoy eternas paces.
 CAMILA. ¡Que estoy maridada! ¡Linda cosa!
 PAST. 2.º Aun sin aguardar al cura los cuatro se han desposado.
 PAST. I.º No hay cura ni licenciado mejor que la coyuntura.
 CAMILA. Demos á mi padre aviso de su dicha y mis amores.
 PERETO. (Dentro.) Pedidme albricias, pastores. ¡Viva Montalto! Pues quiso poner mi nombre tan alto de un principio tan humilde, al cielo albricias pedilde.

ESCENA XI

DICHOS. Salen PERETO y GRENUDO, CHAMOSO y FABIO.

CÉSARO. ¿Qué es esto?
 TODOS. ¡Viva Montalto!
 PERETO. No sé cómo el contento de estas nuevas no me ha muerto, que ya mis flacas canas no son para tan grande sobresalto. Hijas, fray Félix, cardenal de Roma; cardenal de Roma es vuestro hermano.
 CÉSARO. ¡Válgame Dios!
 SABINA. ¡Ay, cielos, qué ventura!
 CHAMOSO. ¿Ya es cardenal? pues presto será cura.
 CÉSARO. Dadme, dichoso padre, aqueos brazos.
 MARCO ANTONIO. Y á mí me conceded por hijo vuestro:
 SABINA. Este es mi esposo, padre mío, que preso ha estado por mi amor. Todo fué engaño, engaño todo fué lo que os dijeron de Octavia; por burlarnos lo hicieron y huir de la prisión.
 PERETO. Estoy sin seso.
 SABINA. Libre está ya y en mis amores preso.

PERETO. Dadme, señor, los pies.
 CÉSARO. No, padre mío, los brazos sí, con nudo estrecho y tierno.
 CAMILA. Hola, padre: catad acá otro yerno; abrazalde también, que no ha nacido en las malas.
 CÉSARO. También es hijo vuestro Marco Antonio, la nobleza que es de Italia y aun del mundo. Enamoróse de la belleza de Camila, y quiere que por esposa se la deis.

PERETO. O sueño, ó estoy loco. ¿Hay más bien, cielos piadosos?
 CAMILA. Supimos escoger buenos esposos, para no tener dote. La nobleza virtud quiere por dote con belleza.
 PERETO. Vamos á Roma luego, y eche el sello mi buena suerte con hallar mi hijo honrado de la púrpura romana; que, pues tan nobles sucesores deo, la muerte pido con el santo viejo.

ESCENA XII

DICHOS. Sale FABRICIO.

FABRICIO. Yo vengo, dichosísimo Pereto, á llevaros á Roma con Sabina y Camila. Aquí traigo tres carrozas.
 CHAMOSO. ¿Qué son carrozas, ao?
 FABRICIO. Unas doncellas que se llaman carrozas en Italia.
 CHAMOSO. Casarme quiero, pues, con una de ellas; mostradme esas carrozas ó doncellas.
 FABRICIO. Césaros, vuestro padre Ursino gusta que seáis de Sabina amado esposo; que luego que en llegando á Roma supo que era de Monseñor Montalto hermana, á dicha tiene ser pariente suyo, porque sospechan que ha de ser monarca de Roma y gobernar su sacra barca.
 SABINA. Ahora fenecieron mis recelos.
 CÉSARO. ¡Que tan dichoso soy, benignos cielos!

FABRICIO. Vamos, que Monseñor está aguardando con toda la romana y sacra Curia, que quiere el Papa que á su honrado padre reciba en triunfo.

PERETO. Vamos, nobles hijos, que mi vejez de nuevo se remoza.

TODOS. ¡Coches, coches!

CHAMOSO.

¿Do está doña Carroza?

(Vanse.)

ESCENA XIII

Salen JULIANO y RICARDO.

JULIANO. Esto es lo que en Roma pasa. Todo el popular aplauso la ventura de fray Félix celebra y estima en tanto, que habiendo la Santidad de Pío Quinto consagrado al cardenal por obispo de Fermo, hoy miércoles cuatro de Agosto, á los senadores y caballeros romanos mandó que á recibir salgan á su padre, cuyos años han merecido llegar á ver de pobre serrano cardenal de Roma un hijo de las penas de Montalto.
 RICARDO. Su prudencia lo merece; porque no es soberbio sabio, ni pobre presuntuoso.
 JULIANO. Decís la verdad, Ricardo.
 RICARDO. Oid, que según las voces del vulgo y pueblo voltario entran ya.
 JULIANO. ¡Notable día!
 RICARDO. ¡Oh, venturosos serranos!

ESCENA XIV

DICHOS. Por una puerta salga el PRÍNCIPE COLONA y el ENBAJADOR DE ESPAÑA, ASCANIO, de cardenal, y SIXTO, de cardenal también. Y por otra, al mismo tiempo, salgan MARCO ANTONIO, CÉSARO, FABIO, SABINA, CAMILA y CHAMOSO. Y arriba se descubre un corredor donde está Pío Quinto. Y en un caballo que lleve del diestro un lacayo, entre PERETO, de pastor; toque la música; y en llegando, SIXTO le tiene el estribo á su padre para que se apeee.

SIXTO. Yo, padre, os tendré el estribo.
 PERETO. Hijo, aguarda que ya abajo. ¿Un cardenal ha de hacer tal cosa?

SIXTO. Si por honraros me honra el cielo de este modo, no es mucho, mi padre caro, que teniéndos el estribo

- estribe en él mi descanso.
Aquesa mano me dad. (*De rodillas.*)
- PERETO. Levanta y toma los brazos,
que no es justo que á mis pies
esté un Cardenal postrado.
- SIXTO. Si como soy Cardenal
gozara del trono sacro
de san Pedro, ya os he dicho
que os besara arrodillado
esta venerable diestra.
Sepan los que me llamaron
villano, lo que me precie
de este sayal tosco y basto.
Montalto ha sido mi patria,
que aunque pobre, el nombre es alto;
un monte serán mis armas,
y mi apellido Montalto.
Montalto han de llamarse
mis parientes, comenzando
mi linaje en mí, que espero
que mi dicha ha de encumbrarlo.
Llegad, padre, y desde aquí
adoraréis el pie sacro
de su beatitud.
- PERETO. ¿Qué aguardan
mis regocijados años?
(*De rodillas.*) Santísimo Padre Pío,
cuya piedad ha mostrado
lo que la humildad estimas,
tus pies beatísimos beso.
- EL PAPA. Venerable viejo, alzáos,
que os debe Italia infinito
por el hijo que habéis dado
á la militante Iglesia,
de cuya prudencia aguardo
célebres y heroicos hechos.
Su aumento tomo á mi cargo,
y para que ponga casa
le doy siete mil ducados
de renta.
- PRÍNCIPE. Y yo le señalo
otros cinco mil de renta.
- EMBAJAD. Y yo y todo también en nombre
del Rey católico y sabio,
el gran monarca Filipino
el Segundo, le señalo
otros cinco mil de renta.
- SIXTO. Cielos, no merezco tanto.
- SABINA. Hermano, ¿no nos habláis?
- SIXTO. Con el alma y con los brazos,
por hermana y compañera
de mi estudio y mis trabajos.
César es ya vuestro esposo,
que el Príncipe de Fabriano
lo quiere así.
- PRÍNCIPE. Con tal dicha,
infinito es lo que gano.
- CÉSARO. Pues Marco Antonio Colona
la mano á Camila ha dado,
también con vuestra licencia.
- SIXTO. Hónrome con tal cuñado.
Traiganme, Sabina mía,
á vuestro hijo Alejandro
á Roma, porque se críe
en ella, y tenga Montalto
por apellido.
- PRÍNCIPE. Sea así;
y criese en vuestro palacio,
ilustrísimo señor,
vuestra virtud imitando.
- CHAMOSO. ¿No os acordáis de Chamoso
que vos dió un día su cuartago
con que venistes á Roma
más presto que por encanto?
Pues yo bien me acuerdo de él.
O pagalde, ó dadnos algo,
ó, pues ya sois Cardenal,
hacedme chichón.
- SIXTO. El pago
que os doy por tan buen socorro,
son de renta cien ducados
para vos y vuestros hijos.
- CHAMOSO. Saldrá el vientre de mal año.
Yo sé que habéis de ser Papa,
que cuando érades mochacho
de teta, todos los días
decíades: *teta, papa.*
- EL PAPA. Vamos, que quiero que Roma
vea lo que han alcanzado
las letras de un pastor pobre.
- SIXTO. Los que á sus padres honraron,
premia el cielo de esta suerte.
- CÉSARO. Si los sucesos extraños
quiere saber el curioso
de Sixto Quinto, en cuatro años
que gozó de la tñara
y sumo pontificado,
á la segunda comedia
le convido, que son tantos,
que no pueden reducirse
á tan corto y breve espacio.

COMEDIA FAMOSA

VENTURA TE DÉ DIOS, HIJO

PERSONAS DELLA

OTÓN, caballero.

ROSELA, dama.

CÉSARO, letrado.

HONORATO, viejo.

GILOTE, villano.

CRISELIO, caballero.

CLEMENCIA, dama.

ALBERTO, soldado.

FULBIO, gramático.

AGUDO, criado.

OCTAVIA, dama.

GRIMALDO, viejo.

LISENO, caballero.

RAMÓN, alcaide.

CLAVELA, dama.

UN PAJE.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale Otón de estudiante, con el Arte de Antonio 2
en la mano.

¿Qué os hice yo, estrellas pías,
que tanto me perseguís?
¿Qué confusión infundís
en estas potencias mías?
En un año que ha que intento,
por dar á mis padres gusto,
estudiar, y el *Arte* ajusto
á mi torpe entendimiento;
por más que, á costa del sueño,
niego á la cama el tributo
y decorando sin fruto
soy más incapaz que un leño,
la primer conjugación
aún no he podido aprender,
ni el primer tiempo saber,
tarea de mi lición.
¿Por qué consientes, Apolo,
si las ciencias te dan nombre,
gastar tanto tiempo á un hombre
sin saber un tiempo solo?

Pues no bastan desengaños,
ni el hallar por experiencia
que el principio de la ciencia
apetece tiernos años,
más que mi madura edad,
para que á mi padre ablande
y que estudie no me mande
con tanta incapacidad,
cielos, más memoria os pido,
porque soy siquiera amante;
que el amor y el estudiante
se infaman con el olvido.
Amo á Rosela divina;
pensar en ella es mi gloria,
y si es para mi memoria
su imagen anacardina,
séalo, estudios, también,
para que en mí os autoricen,
que nunca se contradicen
saber bien y querer bien.
Ya es hora de dar lición;
presto el preceptor vendrá;
mas ¿qué le aprovechará
si en mí sus preceptos son
lo que en el yunque el martillo?
Ahora bien: decorar quiero
aqueste tiempo primero.

¹ Intervienen además: EL DUQUE DE MÁNTUA y ENRIQUE, Conde de Placencia.
² De Nebrija.